



Justo de la Cueva Alonso

Carta a un compañero que no sabe si tiene que alegrarse

Andaba yo harto feliz, llenos los ojos de la gloria verde de la vega que abre el Arga después de Garés cuando te noté más inquieto que de costumbre. Más desconcertado. Y por fin, segundos antes de apearte de la Estellesa, oí tu pregunta que no esperaba respuesta, que me sonó más que a duda a perpleja inquietud.

Dijiste, antes de bajarte: «Lo que pasa es que no se si debo alegrarme o estar triste».

Te entendí bien, compañero. Supe que lo que te tenía mosqueado y tenso era no saber bien de una puñetera vez si tenías que comprar una botella de champán o liarte a hostias con alguien.

Naturalmente por los resultados de las elecciones. Más en concreto por los de HB.

Y como no esperaste y sé que tardaremos en vernos, pero no dejarás de leer PUNTO Y HORA te contesto aquí. Verás.

Eso que te pasa no es frecuente. Pero tampoco es enfermedad desconocida. Sucede que tú estás metido de lleno en un proceso revolucionario. Y eso lo sabes. Pero no sabes suficientemente que cada proceso revolucionario tiene su propio, insustituible, peculiarísimo, estilo.

Imposible de reducir a formularios ni catecismos. Y me parece que tampoco sabes bien lo endiabladamente peculiar, distinto y nuevo del proceso revolucionario vasco. Que no eres consciente de la muy específica originalidad de los modos, maneras, ritmo, cadencia y tono de este proceso.

De forma que, claro, te desconcierta un mucho el que no haya reglamento. El que las jugadas vengan, cada una, con su reglamento debajo del brazo, como la propaganda insidiosa y estupidificante del sistema capitalista dice que vienen los niños. Sólo que según la leyenda anestésica de rebeldías los niños dicen que vienen con un pan debajo del brazo. Lo dicen, claro, los que viven mejor gracias a que mueren de hambre al año 50 millones de esos niños y escupen sangre sus millones de padres, hermanos, tíos y demás familias.

Pues tendrás que espabilarte. Que ya es hora. Tendrás que aprender (también esto con la práctica que es la única buena maestra) que no basta con que curres como un loco, que tengas carretadas de práctica de lucha hechas y otras tantas dispuestas para empezar. Si, además, no te dedicas un poco a la práctica-teórica. A reflexionar sobre lo que haces, sobre lo que entre todos hacemos. Y sobre las leyes profundas que lo explican y condicionan.

O sea ¡leñe! Que pienses tío. Que pienses.

En el caso que nos ocupa estamos, fijate tú por donde, esanayando un método de lucha inventado aquí. Que por

cierto (y como debe ser) ya han empezado a aplicar otros pueblos al comprobar que el vasco lograba resultados con él.

El método de usar las instituciones del enemigo contra él (lo cual es muy viejo) pero no desde dentro sino desde fuera. Ganando el derecho, según sus reglas, a entrar en ellas. Pero, según nuestras reglas, no usando ese derecho. Sencillo ¿verdad? Todas las armas buenas, eficaces, parecen sencillas cuando alguien te las enseña ya inventadas. Lo difícil (y ese es el mérito del pueblo trabajador vasco) es inventarlas, probarlas y demostrar que funcionan.

La peculiar eficacia de ésta estriba en que rompe los esquemas del contrario y le sume en la contradicción. Sus reglas le obligan a respetarte. Pero tu no te dejas asimilar, ni reducir, ni te rindes, ni juegas su juego, ni sacrifican a sus dioses, ni haces sus saludos. Y luchas contra él. Y entonces él va y se quita la careta de sus reglas y las viola y te empitona. Pero al hacerlo se pone en evidencia ante sus compinches. Pierde la figura, la descompone. Escandaliza. Se le ve el plumero de explotador y opresor que ocultaba bajo la máscara. Y tu ganas bazas. Porque más importante (con serlo) que dejarle en evidencia ante sus colegas es hacerlo ante los tuyos. Forzarle a desenmascarse ante los explotados a los que engaña con su disfraz.

Llevamos tiempo usando el método. Y precisamente su eficacia, el hecho de que mientras lo usemos privamos de tranquila legitimidad a su chiringuito, ha obligado al enemigo a reforzar su asedio contra nosotros.

Ya mentir ofreciendo el oro y el moro. Que si somos buenos (tontos) y entramos en el chiringuito que veremos lo bien que se está y lo liberal que él es. Y lo sueltos que nos va a dejar. Que todos sus corderos lo pasan chanchi debuten con su cencerro al cuello (modelo a elegir, y color también).

Y ha sido preciso resistir. Evitar esa trampa. Negarse en redondo a unirnos al rebaño. Hubo dudas entre nosotros. Y algunos entraron.

Pero resistimos 170.000. Y el chiringuito, sin nosotros, sigue siendo un fracaso. Un timo ineficaz porque sólo funciona si pican todos. O casi todos para poder masacrar «consensuadamente» a los del casi.

Fíjate. Conseguir eso ha sido una victoria. Un salto cualitativo. El mero acumularse del tiempo resistiendo ha cambiado de naturaleza la lucha. Hemos dado un alto. A otro nivel de lógica de lucha. Donde esos 170.000 pesan, valen, más que el doble en el nivel anterior.

Alégrate, tío. Comprate esa botella de Champán.

Y piensa. Rediez.